



CONDICIONES DE PRODUCCIÓN, FORMAS Y CONTENIDOS DE LOS ALMANAQUES PORTEÑOS EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX

ANA MOSQUEDA

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES/UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES

Historia de un género editorial

Los almanaques se remontan al s. XIII, en el que la palabra –derivada del árabe al manakh, que significa “contar”– se refería a una tablilla compuesta de efemérides del sol y de la luna. Según el DRAE, la palabra almanaque proviene del árabe hispano almaná□ “calendario”, y esta a su vez del árabe clásico munā□ “alto de caravana”, porque los pueblos semíticos comparaban los astros y sus posiciones con camellos en ruta.

Como género editorial, los almanaques nacieron al mismo tiempo que la imprenta de Gutenberg y su evolución está ligada a la del impreso en Occidente a partir del siglo XV.¹ El primer almanaque impreso lleva por título *Eine Mahnung der Christenheit wider die Türken* (“Una admonición de la Cristiandad contra los turcos”), y termina con la frase *Eyn gut selig nuwe Jar* (“Un buen año Nuevo”); se conserva en la biblioteca de Múnich y es de 1455. Probablemente fue impreso en los talleres de Johannes Gutenberg en Maguncia.

Un modelo del género es *Le Grand Calendrie ou Compost des bergers* (“Calendario de los pastores”). Publicado a partir de 1491, tuvo una gran difusión. Como matriz textual y género editorial, el almanaque tenía tres componentes, de los cuales los dos primeros nacieron con los comienzos de la historia de la imprenta:

-Una parte de calendario, completada por comentarios, pequeños poemas y proverbios.

* Este trabajo forma parte del Proyecto UBACYT-Código: 20020100200004 (01/K004), “Historia de la edición y de la lectura desde los espacios públicos e institucionales. La participación de la ciudadanía en el ámbito de la cultura impresa en la Argentina”, dirigido por el Dr. Alejandro Parada. Agradezco al Dr. Parada por su ayuda constante. También agradezco a Laura Eisner y a Sandra Szir por su colaboración y generosidad.

¹ Para la historia y la estructura del almanaque, sigo a Lüsebrink (2001: 432-441).



-Una parte de efemérides, observaciones sobre las estaciones y las épocas propicias para la siembra y la recolección, y también para el tratamiento de las enfermedades, así como pronósticos basados en observaciones astrológicas.

-Una parte narrativa, ligada a los géneros más antiguos de los relatos (las *relations*: relatos de viajes o relatos históricos) y de los *exempla* religiosos (género didáctico-literario de la Edad Media).

Roger Chartier ubica en la mitad del siglo XVII el apogeo de la producción de almanaques de la ciudad francesa de Troyes; su principal editor, Nicolás II Oudot, llegó a publicar doce almanaques diferentes en 1672, los que eran vendidos por buhoneros o vendedores ambulantes (Chartier 1994: 118-120). Al modelo arquetípico de ese siglo, conformado por calendarios de santos, astronómicos y de fases lunares, con el tiempo se le fueron agregando diversos elementos, como historias curiosas, poemas cómicos, etc. (Lüsebrink y otros 2003: 17-18). Asimismo, el género se caracterizó por su periodicidad anual; desde sus comienzos en el siglo XVI hasta mediados del siglo XIX en Europa – en América hasta mediados del siglo XX– fue el impreso de mayor difusión en las sociedades occidentales, al lado de la Biblia y del catecismo. El almanaque se dirigía a lectores alfabetizados y semialfabetizados; se encuentran algunos ejemplares en Baviera y Austria con poco texto y variadas ilustraciones y signos que permitían a los iletrados el reconocimiento de los días de la semana, los meses y las estaciones. En Suiza y Alemania del Sur, se dejaban páginas en blanco donde se anotaban acontecimientos familiares o se dejaba registro de las cuentas, característica que –como veremos enseguida– seguirá presente en los almanaques porteños. Asimismo, se brindaban las informaciones elementales sobre el espacio, la salud, el gobierno y los grandes eventos históricos. Además del almanaque popular, de contenido enciclopédico, existían los almanaques de las musas, con poemas y canciones; los administrativos y los comunitarios, que pertenecían a una comunidad territorial, socioprofesional y sociocultural.

Entre 1750 y 1820 se produjo una transformación del género, pues abandonó gradualmente su componente religioso: las festividades de santos dieron lugar a las fechas de cultivo y cosecha, y a la llegada y partida de aves migratorias. En el siglo XVIII, los almanaques absorbieron algo del espíritu racional del Iluminismo, en el esfuerzo de sus editores por alcanzar una mayor objetividad y rigor. Desaparecieron las



páginas dedicadas a los signos del zodiaco, las profecías y las previsiones meteorológicas; el contenido mágico se fue perdiendo. Como bien lo formula Laura Eisner, “con el descrédito de la adivinación y la astronomía como disciplinas, el tratamiento del tiempo se desplazó del futuro al pasado” (2009: 20).

En España, estos impresos de bajo precio formaron parte de los llamados “pliegos de cordel”, así llamados por estar colgados en cordeles dispuestos en forma horizontal en portales y tiendas (Botrel 1996: 242-244). Jean-François Botrel distingue en ellos un particular diseño editorial, con elementos variables e invariables, que surgió a instancias de la aparición de novedosos productos en respuesta a las nuevas necesidades de la vida social. Según Botrel, en el siglo XIX, por la influencia de la prensa y los periódicos, los almanaques diversificaron sus contenidos, recurrieron a las ilustraciones y se volvieron más enciclopédicos. El hispanista francés considera que entre 1855 y 1865 se dio allí una auténtica “revolución del almanaque”, con la aparición de una amplia variedad: almanaques “literarios” e ilustrados, periódicos, enciclopédicos y administrativos (Botrel 2006: 37). Como antes había sucedido en el resto de Europa, a comienzos del siglo XX los aspectos ligados a las predicciones se volvieron proporcionalmente menos importantes que los elementos informativos, relegados durante mucho tiempo por la influencia religiosa (Botrel 2003: 105-115).

Avanzado el siglo, en la época de alfabetización de las masas y la aparición de los nuevos medios de comunicación, el almanaque popular perdió en Europa parte de su público y algunas funciones esenciales de sus épocas anteriores. Fue reemplazado por otros géneros, como los periódicos, las enciclopedias populares y los manuales escolares. Sin embargo, el modelo europeo se trasladó a América, en especial a Canadá y Brasil. El género se fue multiplicando: existieron almanaques especiales para lectores amantes de la literatura, para mujeres, para jóvenes, y hasta para jugadores de lotería.

A pesar de su uso prolongado en el tiempo y extendido en su geografía, algunas características permanecieron inmutables y solo se aggiornaron de manera paulatina (Botrel 2006: 43). Aunque a veces su título aparecía asociado a un autor –el almanaqueero o calendarista, como lo llama Botrel (2006: 38)– como deseo de afirmar una autoridad, en la mayoría de los casos se trató de una fórmula editorial (Piccolini 2002: 124-125), es decir, de una publicación ideada, diseñada y desarrollada por el editor, en la que intervienen varios autores. Asimismo, los almanaques fueron impresos



de gran circulación, dirigidos a lectores diversos y heterogéneos, que llegaron a constituir un “fenómeno cultural” por su gran tirada: el almanaque brasileño Garnier, por ejemplo, aparecido entre 1903 y 1914, llegó a tener una tirada de más de 30.000 ejemplares (Neves Lopes 2003: 187). Eran accesibles no solo por su precio sino por su contenido de interés general; en algunos casos, fueron un vehículo de difusión de la literatura universal, pues publicaban fragmentos de autores consagrados. Lüsebrink lo considera, refiriéndose al almanaque surgido a partir de la segunda mitad del siglo XIX, un “poderoso instrumento de aculturación de masas” (2006: 346). Los almanaques constituyeron un género diverso y cambiante de acuerdo con las épocas y lugares, y ocuparon –según afirma Lyons– “una zona intermedia entre la cultura de la gente común y la cultura de las clases instruidas” (2012: 159-163).

El almanaque en el Río de la Plata

En el Río de la Plata, el formato se remonta al siglo XVIII. Ya la Real Imprenta de los Niños Expósitos en 1781 publicaba *Almanaks* o *Kalendarios* en los que se indicaban las fiestas de precepto, en las que se debía oír misa. En el siglo XIX, los almanaques rioplatenses perdieron paulatinamente su carácter religioso y fueron destinados a otros fines, como el *Almanak patriótico* de 1819, en el que además de festividades, santos y el calendario lunar, se detallaban algunas “curiosidades históricas”, como la nómina de edificios públicos y religiosos, fechas célebres y el número de habitantes de la ciudad Buenos Aires y sus alrededores.² También aparecieron por esta época los que servían a la publicidad de una empresa, como los almanaques de comercio Blondel (1826-1836); estos almanaques, dice Alejandro Parada, constituyen la fuente de información más importante para identificar las librerías de la época (Parada 2007: 91).³ Hacia fines de ese siglo, la editorial Peuser comenzó a publicar *El pasatiempo. Almanaque literario, ilustrado, noticioso. Con indicaciones útiles para los agricultores y ganaderos*, cuyos título y contenido imitaban a una publicación española del mismo nombre: *El*

² *Almanak patriótico de Buenos Ayres, para el año décimo de nuestra libertad*. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1819. Gentileza del Dr. Alejandro Parada.

³ Puede verse al respecto Buonocore 1948: 96; 1974: 253.



*pasatiempo. Almanaque humorístico, literario y científico.*⁴ En el ejemplar español para 1869 figuran todos los autores en tapa, “compuestos y arreglados por D. Manuel Ossorio y Bernard”, mientras que en su par argentino de 1904 no figura en tapa ni siquiera el nombre del editor, y los nombres de los autores aparecen al final del artículo correspondiente.⁵ Asimismo, el almanaque argentino carece del tono humorístico que ostenta el español.

Según lo definió Buonocore en 1948, el almanaque rioplatense era “el registro o catálogo que comprende todos los días del año, distribuidos por meses, con datos astronómicos y con otras muchas noticias relativas a los actos religiosos y civiles, principalmente de santos y festividades” (1948: 95). Como señala Parada, en las primeras décadas del siglo XX, y sobre todo durante el Centenario, el almanaque tuvo una gran aceptación, en especial por parte del público porteño; circulaba en grandes cantidades y era consultado constantemente por una amplia población de lectores, tanto cultos como iletrados, en versiones más o menos cuidadas (2000: 279-281; 2007: 133-134). Al igual que otros impresos de la época, el almanaque utilizó la fotografía y el grabado para ilustrar profusamente la enorme cantidad de información que brindaba en sus páginas.⁶

Por su parte, *El Pasatiempo* (1904) ofrecía –luego de las secciones fijas– una miscelánea de cuentos, rimas, biografías, crónicas de viajes por la Argentina, fragmentos de novelas, prólogos, relatos históricos, tradiciones, capítulos de libros, etc. La editorial Peuser utilizaba las páginas del almanaque para difundir desde allí sus propios libros: tanto en la retirada de tapa, como en la de contratapa y en la misma contratapa, figura el catálogo de la editorial bajo el título de “Regalos esencialmente a propósito para Navidad y Año Nuevo”. Bajo un encabezado semejante, “Regalos útiles”, la lista de títulos se repite en el interior de la publicación, esta vez con una introducción que justifica la compra de libros como regalos: “Y de cuantos objetos puedan adquirirse, para regalo es indudablemente el libro el mejor de todos. Los

4 Uno de los ejemplares que puede verse en línea es el publicado en 1868 (Madrid, Imprenta de R. Labajos) <<http://www.archive.org/stream/elpasatiempoalma00ossouoft#page/n3/mode/2up>> [consulta: 26/5/2011].

5 Buenos Aires, Peuser, 1904.

6 Para profundizar el tema de las ilustraciones, grabados y fotografías y las tecnologías de reproducción de la imagen, puede verse el artículo de V. Tell (2009: 141-164).



adelantos de la tipografía, del grabado y de la encuadernación permiten hoy día adquirir verdaderas joyas de inapreciable valor”.

Al analizar someramente los tres catálogos de *El Pasatiempo* de 1904, es posible apreciar en todos los casos una misma estructura: en primer lugar, las obras de interés general; luego, los libros para señoras y niñas: novelas y libros de poemas, además de obras que pretenden asistir a las señoras en sus tareas hogareñas y preparar a las niñas para su desempeño en sociedad. También hay una sección exclusiva “para ellas” que no difiere mucho de la anterior, salvo porque aparece allí una “Colección de novelitas y cuentos originales”.

Hacia una tipología de los almanaques porteños

Propósito del trabajo

Una de las particularidades de los almanaques era la de brindar al lector un soporte de escritura. Aunque todavía no se haya hecho un estudio exhaustivo de los almanaques como para saber si los lectores efectivamente hacían uso de la posibilidad de escribir que la publicación les brindaba –solo me referiré a unos contados ejemplos–, los almanaques proponían en la misma disposición de sus textos una forma de interacción entre editores y lectores: en tanto los editores ofrecían páginas en blanco a los lectores para que escribieran en ellas el acontecer diario, como un cuaderno de anotaciones, o para que las personalizaran con noticias propias o con su genealogía familiar, solicitaban de esos mismos lectores el aporte de información con la que podrían llenar las páginas del ejemplar del año siguiente.

El Pasatiempo argentino de 1904 incluía, por ejemplo, una agenda mensual a doble página con espacio para que el lector pudiera escribir. Dentro de estas series que daban participación al lector encontramos la del *Almanaque del mensajero*. *El calendario y almanaque náutico de la República Argentina*, fundado por M. Sundt en 1901. El almanaque náutico, que también encontramos en la actualidad, provee información astronómica que se utiliza para la navegación, y otras informaciones útiles, como la altura media de las mareas, la ubicación de los faros, la variación de temperaturas, las salidas y entradas del Sol, la Luna y los principales planetas, etc., además de predicciones sobre las posiciones de los astros durante cada mes.



El propósito de este trabajo es el de brindar algunos resultados del análisis de las especificidades de los *Almanaques del mensajero* entre los años 1901 a 1931, después de estudiar las formas materiales (formato, papel, ilustraciones) y los dispositivos textuales. Las próximas instancias del trabajo pondrán esta serie en relación con otros ejemplos del mismo género editorial con miras a un ensayo de tipología del almanaque porteño. Se atenderá, especialmente, a sus condiciones de producción y a las estrategias de marketing de los editores. Por último, se intentará delinear a qué tipo de público apuntaba el almanaque y qué usos se le daba.

Criterios taxonómicos

Al iniciar el estudio de los almanaques y calendarios de Buenos Aires durante las primeras décadas del siglo XX, me encontré con las mismas dificultades que debió sortear Botrel al hacer su ensayo de tipología para la España del s. XIX (2003: 105-115), esto es, la ausencia en nuestro país de un inventario sistemático de este tipo de publicaciones periódicas y la rareza de trabajos científicos sobre el tema,⁷ a lo que debería agregar, en el caso argentino, la escasa presencia de colecciones completas de almanaques en los archivos y bibliotecas. Tal ausencia se debe probablemente al principio que, según Chartier, rige para todas las obras de muy amplia circulación: la tasa de sobrevivencia es inversamente proporcional a la importancia de su producción (Chartier 2005: 55).

De todas maneras, es posible utilizar algunos de los criterios taxonómicos de Botrel para aplicarlos al estudio de los almanaques porteños, lo que permitirá aportar “más información sobre las prácticas culturales, tanto materiales como simbólicas, relacionadas con estas publicaciones” (Botrel, 2006: 43). Lo que sigue es una adaptación de los criterios utilizados por Botrel para una tipología de los almanaques, que desde luego seguirá ajustándose en el transcurso de las investigaciones:

Género editorial: Almanaque

⁷ Cabe destacar, sin embargo, los trabajos de Laura Eisner sobre los almanaques socialistas (2009, tesis de maestría) y de Sandra Szir (2012) sobre almanaques del siglo XIX.



1) Datos bibliológicos:⁸

- a) Formato
- b) Tapa/contratapa/retiraciones
- c) Papel
- d) Ilustraciones
- e) Número de páginas
- f) Organización textual (puesta en página/secciones)
- g) Recursos tipográficos (bastardilla, negrita, abreviaturas [por ej. para precisar la posición de la luna], cruces, asteriscos, manecillas, símbolos gráficos)
- h) Precio

2) Datos paratextuales:

- a) Título: 1) referencia al producto (extensión-subtítulos)/ 2) Asociación de la publicación con editorial/autor/otro criterio de autoridad/ 3) Representaciones gráficas
- b) Tipo de almanaque según su uso
 - b.1.: Criterios de utilización: estadístico – enciclopédico – meteorológico-agrícola – profético
 - b.2.: Criterios de finalidad: musical – de teatro
 - b.3.: Criterios de espíritu: filosófico – religioso – histórico-geográfico – agronómico – rural – cómico
 - b.4.: con alguna particularidad: ilustrado – pintoresco – de cartera – de bolsillo – regalado por
 - b.5.: dimensión geográfica/regional
 - b.6.: dimensión sociológica: público – autoridades – autor
- c) Ilustraciones / Caricaturas
- d) Publicidad
- e) Sumario/Índice

3) Elementos constantes:⁹

⁸ Los datos bibliológicos son aquellos referidos a los aspectos técnicos del libro, en tanto los paratextuales son aquellos por los cuales “un texto se hace libro y se propone como tal a sus lectores” (Genette 2001: 7). Alvarado, por su parte, define al paratexto como “todo lo que queda de un libro u otro tipo de publicación sacando el texto principal (Alvarado 1994: 13).



- a) Guía del tiempo: mención de días – meses – estaciones, efemérides – fiestas religiosas
 - b) Elementos de anticipación: precisiones meteorológicas – horóscopos
 - c) Elementos retrospectivos: año transcurrido
 - d) Informaciones útiles: días y horarios del correo – tarifas
- 4) Elementos variables:
- a) Notas de interés
 - b) Huellas manuscritas de los lectores/usuarios del almanaque
- 5) Condiciones de producción y difusión:
- a) Ámbito de difusión (definido por subtítulo/idioma/informaciones sobre ferias y mercados/presencia o no de indicadores de mareas/horarios de ferrocarriles)
 - b) Editores (de otras publicaciones: diarios y revistas; de asociaciones – partidos – instituciones – comercios)
 - c) Lugares de impresión
 - d) Fecha de inicio-última fecha de publicación/interrupciones
 - e) Redes de difusión: librerías – puntos de venta – venta ambulante
 - f) Tirada

Un punto importante es el 2.b.), esto es esclarecer a quién estaba dirigida la serie de almanaques, lo que se puede deducir a veces a partir del mismo título, como ocurre en el caso del *Almanaque del trabajo* –destinado a trabajadores y obreros– o en el de *El pasatiempo* –con indicaciones útiles para los agricultores y ganaderos–, o la mayoría de las veces a través del propio contenido del almanaque, tanto en la dimensión textual como icónica. En el caso de los almanaques socialistas, como el *Almanaque del Trabajo* de 1918, puede verse por ejemplo la imagen del torso desnudo de un hombre portando una bandera en la tapa, y en la contratapa un aviso de “ropa para obreros y chauffeurs”. Asimismo, ya en el mensaje a los lectores de las primeras páginas se advierte que el almanaque está destinado a “afiliados del partido y trabajadores todos”, por lo que su

9 Eisner engloba los elementos constantes en el “núcleo genérico” (2009: 19 y ss.).



contenido abarcará los temas que interesan a los lectores socialistas: una reseña histórica del movimiento obrero, cuestiones de interés social, enseñanzas prácticas para las labores del campo, informaciones sobre el desarrollo histórico del proletariado en nuestro país. El propósito de la obra es el de iniciar una “obra más vasta que pretende llegar hasta los hechos contemporáneos” y contribuir a la obra definitiva sobre el movimiento obrero argentino, de consulta indispensable pues es “resumen de publicaciones dispersas no siempre fáciles de hallar”.

El *Almanaque del mensajero*: un almanaque náutico con participación del lector

El *Almanaque del Mensajero* salió por primera vez en 1901, y 1931 fue posiblemente el último año de publicación de esta serie por parte de la editora Sundt, ya que luego de unos años aparecerá bajo el sello editorial Peuser.¹⁰ Para este trabajo analicé doce almanaques de esta serie. En principio, seguí los criterios de Botrel explicitados arriba, pero cuando estos resultaban insuficientes recurrí a una lectura más atenta de los contenidos.

Algunas inferencias sobre las condiciones de producción del *Almanaque*

Por lo que puede inferirse, el *Almanaque del mensajero* no surgió de una editorial ya establecida, sino que fue el primer proyecto de un editor, M. Sundt, como siempre aparece. El fundador de la serie publicó el *Almanaque* desde 1901 hasta su muerte, en 1911; de ella sabemos por una noticia de la sección “Necrología” de 1912 –en esta sección eran recordados los decesos del año–, una fotografía del editor y sus datos de nacimiento y muerte (1860-1911). Además porque en la tapa de 1912 se señala como editora a la Viuda de M. Sundt, quien sigue figurando de esta forma hasta 1931. No tenemos ninguna otra información adicional del fundador de la publicación, salvo que era el Gerente (y al parecer, dueño) de un servicio de mensajería establecido en Buenos Aires desde 1888, con varias oficinas en la ciudad.

10 A partir de 1921, aparece en las preliminares del libro un recuadro en el que se reservan los derechos para la editorial, y se consigna a M. Sundt como fundador, Pedro Zaccheo como director y a la Viuda de Sundt (siempre nombrada de la misma forma) como editora.



M. Sundt dio mucha importancia a la colaboración de sus lectores. Luego del índice de las primeras páginas, en el *Almanaque* de 1909, el editor daba este mensaje al público:

Esta obra debe su éxito al apoyo que ha merecido de parte de los lectores. Los innumerables datos e indicaciones espontáneas que hemos recibido, además de enriquecer el libro, han contribuido a darle ese carácter de obra popular que debe caracterizar a todo libro destinado á encontrarse en cada casa. Rogamos, pues a nuestros lectores quieran continuar esta cooperación tan útil, y seguir anotando en esta hoja las informaciones que creyeran conveniente dirigirnos.¹¹

Como en las agendas actuales, a continuación del mensaje, el editor dejaba unos cuantos renglones para que el lector hiciera –en su propio nombre– una contribución a la siguiente edición, a través de algún dato o corrección. Asimismo anotaba, en forma paralela al margen, la leyenda “Para cortar con tijera” y por si estas indicaciones no fueran suficientes, nuevamente el editor señalaba al pie de página, en el anverso y el reverso: “Córtese esta hoja por la línea señalada en el margen y remítase antes de fin de Mayo al editor, Sr. M. Sundt, Corrientes 1556, Buenos Aires.”

En otra página, el *Almanaque* incluía una tabla cronológica con corazones y escudos en blanco que el lector debía completar con los datos de su familia, empezando por los bisabuelos; en la página siguiente, titulada “Crónica de familia”, debían anotarse los acontecimientos familiares del año 1911. Según constaba en la portada, en la que hasta 1927 se leía el mismo texto–aunque variaran las viñetas y decoraciones de la página–, el *Almanaque* traía un compendio de “datos, hechos, fechas e informaciones” de la Argentina y del exterior; era “útil y entretenido para todo el mundo” y venía profusamente ilustrado “con mapas del cielo y numerosos grabados”. En el año 1917 se incluía la siguiente mención: “Premiado con diploma y medalla de oro en la Exposición de Artes Gráficas del Centenario. Buenos Aires Julio de 1916”.

Para el décimo aniversario de la publicación del almanaque (1910), con orgullo el editor Sundt publicaba un facsímil de un texto autógrafo de Bartolomé Mitre, en el que el fundador de *La Nación* lo saludaba y le agradecía el envío de dos almanaques “que contienen, como el título lo indica, datos instructivos e interesantes para todo el mundo, siendo sobre todo interesante la parte astronómica y los mapas celestes de cada mes que

¹¹ *Almanaque del mensajero 1909*, Buenos Aires, Sundt, 1910, 3.



las ilustran...”. En ese número también aparecía, con motivo del décimo aniversario, un recuadro que contaba la historia de la publicación, que había empezado como un folleto de 80 páginas y en ese momento llegaba a 356. En ese texto programático, Sundt hablaba del “plan de la obra”, que desarrollaba en siete partes, y del “programa propuesto” para ella: “que sea adornada con buenos grabados, que la impresión sea irreprochable, el papel bueno, la encuadernación fuerte, y finalmente, que el precio no exceda de un peso moneda nacional”. Asimismo, Sundt se refería al “carácter nacional” que el *Almanaque* había adquirido gracias a la “cooperación espontánea de los lectores”. Por ese aporte, al parecer importante, la obra se distinguía de “todas las similares extranjeras, haciendo que se difunda en toda la República”. El editor tomaba este hecho “como asentimiento tácito del acierto de ese programa”, por lo que se proponía “perseverar hasta llevar a la obra a la perfección”.

Es interesante el hecho de que Sundt tuviera absoluta conciencia de que el género consistía en una fórmula editorial, en cuyo contenido el editor operaba de diversas formas: 1) como “autor”, interviniendo directamente en la escritura de los textos; 2) como editor, al derivar la producción textual a otros autores, como en el caso de las secciones del calendario y de las efemérides astronómicas, en las que se indican el o los autores responsables; y c) como mediador: editando las informaciones aportadas por los lectores.

En cuanto a estas últimas, no puede deducirse a partir de los textos cuáles provienen de los lectores. Sin embargo, resulta evidente que con la muerte de Sundt la página dedicada a solicitar información a los lectores perdió importancia y se convirtió en un simple recuadro que iba y venía entre las páginas preliminares y finales del volumen, en concurrencia con avisos publicitarios.

Comenta Beatriz Sarlo que los avisos insertados en las publicaciones semanales hablan al público, pero también de él. A través de ellos es posible averiguar qué tipo de consumo proponen o qué mitologías difunden (Sarlo 2000: 71). Por su parte, Parada dice, refiriéndose especialmente al Centenario, que la lectura de los avisos publicitarios es un “interesante camino para acceder a los hábitos de lectura” de esa época (2007: 130). Al analizar los anuncios del *Almanaque del mensajero*, es posible notar que apuntan a un consumo muy diverso: desde maderas y maquinarias industriales hasta productos para la anemia y la debilidad, cigarrillos, etc. Con el correr de los años y la



permanencia del Almanaque en el mercado, este se convirtió en un intermediario entre las empresas y los lectores. Dice a pie de página en el Almanaque de 1918: “Al hacer sus pedidos, sírvase citar el Almanaque del Mensajero”. Asimismo, la editorial garantizaba la buena fe de sus anunciantes, como se comprueba en un aviso del *Almanaque* de 1927: “Revise Ud. los anuncios del *Almanaque del Mensajero*. No es posible que no haya uno que le interese. Tenga plena confianza en cualquiera de los establecimientos bancarios, comerciales, industriales que figuran en nuestras páginas. Diríjase a ellos preferentemente”.

Por otro lado, si nos detenemos en los avisos de Sundt como editorial, notamos que a partir de 1915 comenzaron a aparecer avisos del propio *Almanaque*, promocionándolo como “la mejor obra de su índole que se publica en el país” y de indiscutible utilidad en “el hogar, la oficina, la escuela”, y utilizando un eslogan: “Su precio es poco y su utilidad es grande”. En los años siguientes, las publicidades de la editorial aumentaron y ya no se referían solamente al *Almanaque* (que a partir de 1915 se vendía como coleccionable) sino a otras publicaciones que podían ser catalogadas como “útiles”, como por ejemplo *La casa*, *Tareas rurales*, *El secretario*, *Refranes*, *La salud*, *La mesa*. Dice un aviso de 1918: “En el hogar donde haya un ejemplar de La Casa se economizará en poco tiempo 100 veces el dinero empleado en adquirir el libro”. Las estrategias de venta y promoción de los Almanaques se multiplicaron a partir de los años veinte: en 1921 se anunciaba un concurso infantil de composición, por ejemplo. La editora Sundt prometía publicar las cinco mejores composiciones (una sobre cada tema propuesto: Sarmiento – nuestros padres – el trabajo – el árbol – los pájaros) y el retrato de los autores, además de premiar a los ganadores con medallas y libros. Aprovechando su canal de distribución, ese año la editorial llegó a vender dulces, siempre con el mismo sistema utilizado para las publicaciones, de pedidos acompañados por el importe. A lo largo de la década del veinte, los anuncios de libros se incrementaron; se implementaron algunas estrategias, como la de “anunciar” un aviso de otra página de la misma publicación: “Le interesa” decía con caracteres grandes un aviso en 1921, y en letra pequeña: “El aviso que publicamos en la contratapa. Léalo”, y allí aparecía una nueva obra de la colección de “libros indispensables en todo hogar”. Además de estas obras útiles que editaba Sundt, también en esta época vendía otro tipo de libros, como



diccionarios y novelas populares; a partir de 1927 se publicaban los catálogos en las páginas finales.

Elementos constantes y variables

Entre los elementos constantes del *Almanaque del Mensajero* se puede mencionar el formato: 13,5 (w) x 19 (h), aunque a partir de los años veinte pasa a ser un centímetro más grande: 14,5 (w) x 20 (h). Hasta el año 1915 –año en que se producen significativos cambios en la serie– el color de las tapas había sido rojo; a partir de entonces varía cada año. En cuanto a las ilustraciones de tapa, las de los años anteriores y posteriores al Centenario hacen alusión a la fuerza y a la velocidad: un cóndor sentado sobre una roca (1909), una dama vestida de República portando una antorcha (1910), una cabeza de león en una aldaba (1911) o una figura de león enmarcada en un bronce (1912), un aeroplano (1913), un auto de carrera (1914). En 1915 es significativa la figura de una mujer mirando hacia arriba, como interpelando o desafiando al cielo; no olvidemos que desde 1912 la editora es la Viuda de Sundt. A partir de ese año, las tapas y las imágenes varían de color y de imágenes sin seguir un patrón: un campo con el arado (1917), el mapa del cielo (1918), un paisaje a color (1921), un calendario azteca (1927), bosquejo de edificios de la ciudad (1931).

Otros de los elementos fijos del *Almanaque* son los índices: el más importante, el alfabético, está precedido por las principales divisiones de la obra: calendario y almanaque, reseña de todos los Estados independientes del mundo, historia del año, guía oficial (con datos estadísticos de población, educación, etc.), miscelánea, atlas, tarifas y fórmulas (con tablas para distintos usos, como la fórmula para calcular sueldos y alquileres o la de pesos y medidas, etc.). La mayoría de estas secciones atestiguan uno de los principales usos del almanaque, el de ser una obra de consulta diaria. Al decir de Lüsebrink, el almanaque fundaba su existencia “sobre la necesidad fundamental de orientación –en el tiempo, en el espacio, pero también en la historia y en diferentes saberes útiles, al mismo tiempo divertidos”. Por otro lado, toma Lüsebrink la definición de Chartier del almanaque como una “máquina textual”, caracterizada por una “gran porosidad, una sorprendente permeabilidad a los saberes sociales, a los discursos literarios, filosóficos, científicos y otros, es decir a géneros y discursos múltiples y diversos” (Lüsebrink 2003: 345).



Las huellas de los lectores

¿Quiénes eran los lectores del *Almanaque del Mensajero*? Por la complejidad de los datos astronómicos que allí aparecen, sobre todo en vida de M. Sundt, se podría pensar en un lector culto, con deseos de estar informado de todo lo que acontecía en su país y en el mundo. Pero como sabemos, es arriesgado hablar de lectores cultos o populares. Como lo ha demostrado fehacientemente Chartier con sus investigaciones sobre la Biblioteca Azul, los mismos textos pueden variar en sus formas editoriales y llegar a distintos públicos (1995: 92). Aunque no hubiera en el *Almanaque* una sección de literatura ni se intercalaran poesías y cuentos, como en otros almanaques, las notas de interés estaban dirigidas a lectores y lectoras interesados por la política y la moda, los acontecimientos sociales y culturales, pero sobre todo a aquel que deseaba tener a mano todos los instrumentos disponibles para sentirse actualizado e informado. Desde el regicidio de Lisboa (1909) hasta el naufragio del Titanic (1913), pasando por una lección ilustrada sobre los distintos tipos de encaje y cómo reconocerlos (1909) o las formas de testamentar (1910), tanto Sundt como su viuda deseaban responder a todas las necesidades de un público exigente. Esta característica, que se pierde un poco a partir de la muerte de Sundt, puede notarse, por ejemplo, en la inclusión de los planos de los principales teatros de Buenos Aires, que aparecían mezclados con los avisos en las últimas páginas del almanaque y que mostraban la disposición de los asientos en el teatro, con su respectiva numeración. La publicación de estos planos muestra, de cierta manera, que la serie estaba dirigida a lectores cultos, frequentadores del teatro y de la ópera. Los planos dejan de aparecer a partir de 1912.

Por otro lado, la información que se brindaba en la serie no podía ser comprendida por lectores que no fueran medianamente cultos. La sección astronómica y náutica, por ejemplo, contenía datos e informaciones de los puertos, señal de hora (con sus respectivos gráficos), enumeración y descripción de los faros existentes en las costas del Uruguay y de la Argentina, guía del uso de la brújula, almanaque gráfico con el diagrama de salidas y entradas del Sol, de la Luna y de los principales planetas, trayectorias de los principales planetas, duración del crepúsculo y noticias de eclipses y cometas. Como asegura Sandra Szir, “no resulta sencillo atestiguar la lectura o la posesión del impreso de periodicidad anual, o adscribirlo a cierto tipo de lectores, o



señalar con firmeza, funciones, prácticas o modalidades de lectura” (2012: 18). Solo podemos hacer inferencias con respecto a las competencias de los lectores del *Almanaque*.

Por último, los lectores de la serie analizada dejaron algunas mínimas huellas de su posesión, como por ejemplo en el de 1917, en el que Arturo Luna, argentino, anota en la “Tabla cronológica” los nombres de sus bisabuelos, abuelos y el día de su boda, 4 de octubre de 1916. Algunos otros vestigios, ya no tan importantes, aparecen en la agenda de 1911 y en los resúmenes mensuales de 1914: una cifra escrita a lápiz, un nombre borroneado, pero nada más. Habría que preguntarse si alguna vez llegó a usarse como “libro de anotaciones”. Por lo menos en lo que se refiere al *Almanaque del Mensajero*, al parecer se trató más de una guía doméstica que un cuaderno de notas; sin embargo, la clave la dará —esperemos que así sea— la tipología de los almanaques porteños.

A modo de conclusión

Hasta aquí simplemente he señalado algunas características de los almanaques publicados en Buenos Aires en las tres primeras décadas del siglo XX, basándome en la serie *Almanaque del mensajero*. Luego del análisis, es posible afirmar que en las condiciones de producción de estos almanaques ha sido fundamental el rol del editor, que operaba como autor de algunos contenidos textuales, editor de sí mismo y de otros autores, a los que encargaba distintas secciones, y mediador de los textos proporcionados por los lectores. Por otro lado, en la evolución de esta serie se manifiesta un giro desde la lógica cultural a la lógica comercial, que se acentúa a partir de 1915, con el aumento de avisos y de otras estrategias comerciales de la propia editorial. Sin duda es un comienzo exiguo, un pequeñísimo aporte para una historia que recién comienza.

Bibliografía

- Alvarado, Maite (1994). *Paratexto*, Buenos Aires, Instituto de Lingüística.
- Botrel, Jean-François (1996). “La literatura popular: tradición, dependencia e innovación”. Hipólito Escolar (dir.), *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglos XIX y XX*, Madrid, FGSR, 239-271.



- _____ (2003) “Almanachs et calendriers en Espagne au xixe. Siecle: Essai de typologie”. Hans-Jürgen Lüsebrink y otros (dirs.), *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (XVIIe-XXe siècle)*, Bruxelles, Complexe, 105-115.
- _____ (2006). “Para una bibliografía de los almanaques y calendarios”. *Elucidario I*, 35-46.
- Buonocore, Domingo (1948) *Elementos de bibliotecología*, Santa Fe, Castellví.
- _____ (1974) [1944]. *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires: Bowker.
- Chartier, Roger (1994). “Estrategias editoriales y lecturas populares”. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 93-126.
- _____ (1995) *Forms and meanings. Texts, Performances, and Audiences from Codex to Computer*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- _____ (2006). *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, Buenos Aires, Katz.
- Eisner, Laura (2009). *Comunidad discursiva, representaciones identitarias y políticas del lenguaje en el Partido Socialista argentino durante las décadas de 1930 y 1940. Un análisis del Anuario Socialista (1928-1951)*. Tesis de maestría, no publicada. Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires).
- Genette, Gerard (2001). *Umbrales*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Lüsebrink Hans-Jürgen (2001) “L’almanach: structures et évolutions d’un type d’imprimé populaire e Europe et dans les Amériques”. Jacques Michon y Jean-Yves Mollier (dirs.), *Les mutations du livre et de l’edition dans le monde du XVIIIe. siècle à l’an 2000*, Saint-Nicolas/Paris: Les Presses de l’Université Laval/L’Harmattan, 432-441.
- _____ (2003). “Conclusion”. Hans-Jürgen Lüsebrink y otros (dirs.). *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (XVIIe-XXe siècle)*, Bruxelles, Complexe, 343-348.
- Lüsebrink, Hans-Jürgen y otros (dirs.) (2003). *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (XVIIe-XXe siècle)*, Bruxelles, Complexe.
- Lyons, Martyn (2012). *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental*, Buenos Aires, Editoras del Calderón.



- Neves Lopes, Claudia (2003). “L’Almanaque Brasileiro Garnier: Simple transfert culturel ou adaptation d’un genre européen au Nouveau Monde?”. Hans-Jürgen Lüsebrink y otros (dirs.), *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (XVIIe-XXe siècle)*, Bruxelles, Complexe, 185-192.
- Parada, Alejandro (2000). “Lecturas y lectores en el Buenos Aires del Centenario. La cultura impresa en la vida cotidiana”. Alberto D. Leiva (coord.), *Los días del Centenario de Mayo. Tomo I*, San Isidro, Academia de Ciencias y Artes de San Isidro, 277-308.
- _____ (2007). *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*, Buenos Aires, INIBI.
- Piccolini, Patricia (2002). “La edición técnica”. Leandro de Sagastizábal y Fernando Esteves Fros (comp.), *El mundo de la edición de libros*, Buenos Aires, Paidós, 117-137.
- Sarlo, Beatriz (2000). *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Buenos Aires, Norma.
- Szir, Sandra (2012). “Tradiciones y cambios en las ‘guías del tiempo’. Almanques y calendarios ilustrados, Buenos Aires, siglo XIX”. Presentado en Congreso: “Las Edades del Libro”, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, UNAM, México, 15 al 19 de octubre.
- Tell, Verónica: “Reproducción fotográfica e impresión fotomecánica: materialidad y apropiación de imágenes a fines del siglo XIX”. Laura Malosetti Costa y Marcela Gené (comps.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 141-164.